

“Haz de la Tierra un cielo”. Lectura apocalíptica del tiempo latinoamericano

Martín Ocaña Flores
(Perú)

Resumen

El ensayo ofrece algunas contribuciones para comprender el momento actual de América Latina desde la perspectiva del Apocalipsis de Juan. Luego de tomar distancia de algunas teologías apocalípticas contemporáneas (como la Guerra Espiritual) el autor propone una teología apocalíptica profética con implicaciones éticas a favor de la vida humana, y que la iglesia debe considerar en la práctica de la misión.

Palabras clave: Apocalíptica, historia, misión, cultura.

Abstract:

The essay offers some contributions to understand the present moment of Latin America from the viewpoint of the Revelation of John. The author takes distance of some contemporary apocalyptic theologies (as the Spiritual Warfare) and proposes a prophetic apocalyptic theology with ethical implications to contribute with of human life, and that the Church must consider in the practice of mission.

Keywords: Apocalyptic, history, mission, culture

No cabe duda que el Apocalipsis de Juan ocupa un lugar importante en la predicación y la reflexión teológica en América Latina. Esto tal vez se deba a que nuestro continente “se halla en una situación tan parecida a la de Juan, el autor, que las palabras de su profecía adquieren nuevo brío, y él llega a ser nuestro contemporáneo”¹. Si esta presuposición es correcta entonces haríamos bien en poner el énfasis en lo que Juan esperaba de sus lectores originales: resultados inmediatos. Pero en el Apocalipsis los resultados no vienen sin la participación del pueblo de Dios en los propósitos de su Señor, a saber, la nueva creación donde hay plenitud de vida. Como ha dicho Ricardo Foulkes, “Dios exige a *sus siervos* que cooperen con su *mensaje* y su propósito para el mundo”². En el presente ensayo queremos reflexionar acerca del quehacer eclesial de cara a la angustiante realidad latinoamericana, considerando el Apocalipsis de Juan como libro fundante de una praxis que busca la plenitud de la vida humana.

¹ Ricardo Foulkes. *El Apocalipsis de san Juan*. Buenos Aires: Nueva Creación, 1989, p. 2.

² *Ibid.*, pp. 5-6.

1. Una realidad que nos desafía a transformarla

La revelación (*apocalipsis*) de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto (Ap 1:1).

América Latina actualmente está atravesando *diversos procesos* (económicos, sociales, culturales, etc.) tan dramáticos como inciertos. Lo único que se vislumbra, al parecer, es que la situación para las mayorías puede cambiar pero para peor, haciendo de esta manera insostenible cualquier proyecto político a menos que se hagan desde hoy las cosas radicalmente distintas. Estos procesos no pueden desligarse de lo que se conoce como “globalización”, término que condensa una nueva cultura de signo monetario y con pretensiones universales de parte del Imperio —el sistema capitalista cuyo embanderado es Estados Unidos— que, aunque en constante crisis, se presenta ante el mundo como único Amo y Señor imponiéndole el libre mercado.³

Sobre el particular, Néstor Míguez ha observado que “la globalización no sólo significa una expansión cuantitativa de las reglas capitalistas a través del mercado global, [sino] la imposición de un “modelo” al que todos debemos adherir en todas partes, y los fenómenos de comunicaciones instantáneas. También está afectando las dimensiones cualitativas de la vida humana y la cultura”⁴. Y los efectos son evidentes. Las brechas sociales se hacen cada vez mayores, se acrecientan la pobreza y la inseguridad social. La corrupción atraviesa las instituciones estatales y privadas en todos sus niveles cerrando el paso a toda posibilidad de reforma o re-estructuración social. El capitalismo salvaje, exportado e impuesto, se ha tornado en un sistema que no puede dar de comer, educar, asegurar un techo digno, ni siquiera un puesto de trabajo. Pablo Andiñach pregunta, con justa razón, si este sistema no puede –ni quiere- garantizar la vida entonces ¿para qué sirve?⁵

Esa pregunta nos lleva al meollo de este ensayo: los cristianos no tenemos porqué suscribir un sistema necrofílico que se presenta como la absoluta negación de la vida humana, por más que se maquille de religioso. En este contexto, me parece, se torna necesario pensar acerca del sentido de la historia. Y aunque hay quienes sostienen que la historia ya ha llegado a su fin, tenemos que decir –en la perspectiva del Apocalipsis de Juan— que la historia espera por su redención. Los cristianos creemos que aún no es “el fin de la historia”, ni lo será.⁶ Esta confianza nos da el fundamento no sólo para repensar nuestras eclesiologías y misiologías, sino ante todo, como dice Israel Batista, para “reconstruir la esperanza” en medio de las diversas fragilidades que tenemos como comunidades de fe. Se trata, pues, de “un compromiso para mantenernos firmes en el ejercicio de nuestra fe y un llamado para despertar nuestra imaginación como iglesias fieles a Jesucristo.”⁷

³ Franz Hinkelammert sostiene que “tenemos un mundo con un solo imperio, y que llega a todas partes. (...) Llega a tener el poder total, y lo sabe. Y en todas partes el imperio comunica que tiene todo el poder”, en: José Duque y Germán Gutiérrez (Editores). *Itinerarios de la razón crítica*. San José: DEI, 2001, p. 97.

⁴ “Hacer teología latinoamericana en el tiempo de globalización”, en: Guillermo Hansen (Editor). *El silbo ecuménico del Espíritu*. Buenos Aires: Instituto Universitario ISEDET, 2004, p. 86.

⁵ “Defender la vida”, en Hansen. Op. Cit., p. 331.

⁶ Cf. Helio Gallardo. “Francis Fukuyama y el triunfo del capitalismo burgués: ¿El final de la historia o el deseo de finalizar el ser humano?”, en: *Pasos* N° 27, San José, 1990.

⁷ Israel Batista. “Las iglesias como comunidades sanadoras” (Entrevista de Martín Ocaña), en: *Boletín Informativo* N° 17, 2005, México D.F.: Centro Basilea de Investigación y Apoyo, A. C.

Dice Ap 1:1, que Jesucristo se reveló a sus siervos para dar a conocer las cosas que iban a “suceder pronto” (*genésthai en tájei*), pero éste no sólo tiene que ver con las plagas terrenales sino ante todo con el futuro que Dios está creando en su gracia desde las entrañas de la única historia de salvación. Al presente es posible que ciertas cifras y datos desanimen a vastos sectores de la humanidad que creen que ya no hay nada que hacer, que la suerte está echada. Pero no es así, el Apocalipsis señala —y lo creemos porque es Palabra de Dios— que se aproxima la consumación de este presente sistema inicuo. Hay un futuro, el futuro de la humanidad, y con ello el futuro de la creación de Dios. Pero no nos engañemos, ese futuro no se nos regala, se gesta desde el presente pues “el futuro no llega, se construye”.⁸

2. Apocalipsis y lectura de la realidad. Constataciones

Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia (*hypomoné*) de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la Palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo (Ap 1:9).

Cuando los cristianos intentamos entender lo que está pasando en nuestro mundo, o en nuestro continente particularmente, no podemos olvidar lo que dice el Apocalipsis de Juan, el último libro de la Biblia. Muchos cristianos leen el Apocalipsis para entender la historia, pero el punto es *¿qué se lee de esa historia?, ¿cómo se lee? y ¿qué no se lee? ¿qué se está olvidando de la historia?* Voy a ilustrarlo con una anécdota personal. Hace poco un líder de cierta iglesia me dice: “¿pastor, vio usted el noticiero anoche?”. Sí, le respondo, pero *¿a qué noticia te refieres específicamente?* “A aquella que dice que el río Éufrates se está secando. Dice el Apocalipsis que cuando ello suceda Cristo volverá por segunda vez, y entonces vendrá una gran tribulación sobre toda la tierra”.

Tan cierto como que Ap 16:12 dice que el río Éufrates se secará también es cierto el interés de ese hermano —y de muchos otros— por relacionar *ciertos acontecimientos* con lo que dice el último libro de la Biblia. Pero ese es justamente el punto. ¿Por qué tiene que llamar la atención poderosamente la posibilidad que se seque el Éufrates y no, digamos, la muerte de millones de personas a causa del hambre? O ¿por qué no llama de igual modo la atención el hecho concreto de que un puñado de gobernantes y compañías transnacionales de los países ricos decidan la vida y la muerte de países y continentes enteros? ¿por qué este hecho comprobado hasta la saciedad no se relaciona con algún texto del Apocalipsis de Juan? ¿por qué estas omisiones?

No es difícil constatar que iglesias en América Latina sigan leyendo y citando el Apocalipsis. Pero si soy honesto con mi trabajo de campo y las diversas lecturas que hago, me parece que en gran parte de nuestras iglesias existe un apocalipticismo (y teología apocalíptica), integrado al sistema capitalista y su cultura en expansión (la globalización). Se trata de teologías completamente inofensivas, acríticas, y hasta complacientes respecto a los poderes de este mundo. *¿Qué es, por ejemplo, la llamada “Guerra Espiritual” sino una construcción teológica hecha desde la perspectiva de los poderosos?* Se trata, sin duda alguna, de una teología apocalíptica que encuentra demonios, guerras, destrucción de fortalezas, etc., en todo lugar, pero que a su vez es

⁸ La expresión pertenece a Gustavo Gutiérrez, en: *Acordarse de los pobres*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004, p. 448.

incapaz de ver los grandes males sociales que azotan a las naciones de nuestro continente.⁹

Pero esta teología apocalíptica no es muy novedosa en el fondo. Si trata de ocultar o tergiversar la realidad y de apuntalar, además, cierto tipo de poder con lenguaje apocalíptico, otros lo han hecho antes. Así por ejemplo hubo una lectura de Hobbes respecto al estado burgués como si se tratara de un monstruo apocalíptico (Leviatán). Ya en el siglo XX “cuando colapsó el socialismo soviético, el occidente burgués la celebró en términos apocalípticos: cayó la bestia. Las imágenes del Apocalipsis aparecen también en el Nazismo alemán, cuando se presenta como el reino milenario [Tercer Reich]. Y hoy se deriva del Apocalipsis uno de los pilares ideológicos del imperio de Estados Unidos, que le presta el fundamentalismo cristiano de Estados Unidos”¹⁰

Cierto que se trata de un fundamentalismo en conveniente mutación. Antes, en el contexto de la Guerra Fría, el fundamentalismo abogaba abiertamente por el “apocalíptico” Armagedón (destrucción catastrófica de la tierra). Ahora, cuando Estados Unidos aparece como el único amo a nivel mundial, el Apocalipsis les sirve más bien para demonizar a jefes de estados y naciones adversas con el propósito de invadirlos y saquearlos, así como para ofrecer el cielo en la Tierra a aquellos que se adscriben al libre mercado. Pero el cielo fundamentalista —que exige un correlato terrenal— está pintado con el *american way of life*, donde además todo es oro y lujo. Cito ampliamente:

El cielo es un lugar de riquezas, de gente próspera. Allí no hay maldición, y la miseria es una maldición. Por eso en el cielo no hay ruina ni pobreza. Lea el libro del Apocalipsis. Juan ve a los santos llevando coronas de oro. Las copas que Juan ve son de oro. Los incensarios son de oro. El cinto que ciñe la túnica de Jesús es de oro. El altar es de oro. Los ángeles visten cintos de oro. Son de oro las cañas que utilizan para medir. ¡Gloria a Dios! Hay suficientes riquezas en la gloria para que Dios te bendiga, ¿no lo crees? Pero aún hay más de lo que te imaginas. Dios le mostró a su siervo Juan cómo era la ciudad donde viviremos por toda la eternidad. (...) La verdad es que no todo en el cielo es de oro. Dios también utilizó otros materiales de construcción en la ciudad donde vamos a vivir eternamente con Él. En Apocalipsis 21:19-20 se nos explica que los cimientos de la Nueva Jerusalén fueron construidos con las piedras y joyas más preciosas del Universo. En el versículo 21 se afirma que las inmensas puertas de acceso a la ciudad son de perlas macizas, y que hasta las calles donde estamos destinados a transitar eternamente serán de “oro puro, transparente como el vidrio”. Amado, si estás obedeciendo a Dios y sembrando en abundancia, la prosperidad te seguirá todos los días de tu vida. Y será mejor que te vayas acostumbrando a vivir bendecido y próspero aquí en la tierra, porque así es como vas a vivir eternamente. (...) El cielo es un lugar de abundancia y prosperidad inimaginables, así que debemos vivir prósperos y en abundancia aquí en la tierra. Amén.¹¹

⁹ Ejemplo de ello es el libro de Ed Murphy. *Manual de guerra espiritual*. Miami, FL: Caribe, 1994.

¹⁰ Franz Hinkelammert. “El Apocalipsis como visión de la historia occidental”, en: *Pasos* N° 111, San José, 2004.

¹¹ Yámil Jiménez. *Dios quiere prosperarte*. San José: Varitec, 1997, pp. 155-157.

Se trata de una lectura del Apocalipsis tan en boga hoy en muchas iglesias evangélicas en América Latina. Se evidencia por todos lados ya no el desconocimiento del mensaje del Apocalipsis sino la mala intención. El Apocalipsis es instrumentalizado de una forma desfachatada. La pregunta sin embargo es ¿por qué este tipo de lectura cautiva a muchas iglesias hoy?¹² Cual fuese la respuesta, no nos equivocamos si decimos que se trata de un excelente complemento ideológico de la Guerra Espiritual, así como de los diversos proyectos políticos de dominación que ilusionan a los pobres de este mundo con una prosperidad que nunca les llegará.

El conocido biblista Juan Stam, después de hacer un estudio del desarrollo histórico de la apocalíptica, concluye que hay dos tendencias en ese tipo de literatura: la apocalíptica no profética (que busca escapar de la historia para refugiarse en el mundo “futuro”) y la apocalíptica profética, “que insta a la fidelidad histórica a la luz del futuro escatológico”.¹³ Sin duda tiene toda la razón, pero creo que ya es tiempo de evaluar las teologías apocalípticas actuales. Las anteriores teologías apocalípticas que provenían mayormente del fundamentalismo de la Guerra Fría (al estilo Hal Lindsey) caben en la primera categoría. Las nuevas, como la teología de la Guerra Espiritual, no caben en ninguna pues no son escapistas ni proféticas. Se trata de una teología apocalíptica acomodaticia al sistema.

¡Qué diferente la experiencia de Juan el vidente! (Ap 1:9) Estaba en la isla de Patmos no viviendo prósperamente ni en abundancia, sino sufriendo las consecuencias de la fidelidad a la Palabra de Dios y a Jesucristo. Su praxis profética respecto al Imperio Romano lo había llevado a esa condición (cautiverio).¹⁴ Y la visión que recibe de parte de Jesucristo no es para ubicar demonios y fortalezas espirituales, sino para entender su historia presente (Ap 5:1-5) y para animar y advertir a sus hermanos del Asia Menor lo que pronto haría el Rey de Reyes con su creación (Ap 2-3 y 6-22).

3. El Apocalipsis de Juan: resistir y vencer

El que venciere (*ho nikón*) heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo (Ap 21:7).

Originalmente, y a diferencia de las modernas teologías apocalípticas hechas desde los poderes dominantes, la apocalíptica remite a una corriente religiosa que se desarrolló en el judaísmo de la época helenístico-romana y en el primer cristianismo (rural y urbano).¹⁵ Por su parte, la teología apocalíptica (recogida en los libros canónicos de Daniel y Apocalipsis de Juan, aunque no solamente allí) es el género literario de esa corriente religiosa oprimida, de aquellos grupos que confrontaban a los poderes dominantes. Es decir, la teología apocalíptica original es una protesta contra el mal, contra la injusticia social reinante.¹⁶ Por otro lado, esta teología también expresa una esperanza en la nueva creación donde *la plenitud de la vida humana* será la concreción histórica de la eterna voluntad de Dios.

¹² Cf. Jorge H. Barro (Editor). *Una iglesia sin propósitos*. Quito: CLAI, 2006.

¹³ “El género apocalíptico”, en: Arturo Piedra (Editor). *Haciendo teología en América Latina*. Volumen 2. San José: MLA – VM – FTL – UBL, 2005, p. 291.

¹⁴ Cf. Ricardo Foulkes. “Pastoral desde el exilio: Apocalipsis 1”, en: *Pastoralia* N° 8, Año 4, San José, 1982, pp. 28-34.

¹⁵ E. Stegemann y W. Stegemann. *Historia social del cristianismo primitivo*. Navarra: Verbo Divino, 2001, p. 202.

¹⁶ Elian Cuvilier. *Los apocalipsis del Nuevo Testamento*. Navarra: Verbo Divino, 2002, p. 6.

Esta misma esperanza, que viene ya desde el libro de Daniel¹⁷ se pone de manifiesto en el Apocalipsis de Juan. Este es, por definición, un libro de revelación. Su propósito es des-velar la realidad histórica, no dar falsas esperanzas ni ocultar ideológicamente la realidad; mucho menos confundir a los lectores con códigos o claves secretas. “El Apocalipsis no fue escrito para predecir las etapas de la historia, ni para describir el fin del mundo, sino para *iluminar la situación* que sufrían las comunidades perseguidas del final del primer siglo”¹⁸. Visto de esa manera el Apocalipsis de Juan dio a los lectores originales una nueva comprensión del momento que vivían, de su historia. Pero ¿cómo era esa historia a fines del siglo I en el Asia Menor?

Aunque no podemos resolver las observaciones y preguntas que se han levantado en los últimos años en torno al contexto histórico del Apocalipsis,¹⁹ sí tenemos que decir que Juan, como producto de su atenta observación de lo que sucedía en el Imperio Romano y en las iglesias, percibió que era imposible la conciliación y la armonía entre ambas. Por eso es que “eleva su voz de alarma apocalíptica cristiana frente a los dos peligros de la Iglesia”, a saber el culto imperial y la prostitución eclesial, es decir, el conformismo y acomodación de la Iglesia al Imperio.²⁰ Como bien señala Justo González, lo que más le preocupaba a Juan no era tanto el hecho de que los creyentes sean perseguidos, sino “que capitulen y se acomoden a la sociedad circundante a fin de evitar persecución u otras dificultades”.²¹

Y esto debe llamar mucho la atención a las iglesias hoy. En un contexto eclesial de crecimiento numérico, muchas iglesias rápidamente están cambiando de perspectiva en lo que misión respecta. Da la impresión que ya no es suficiente la evangelización, sino que ahora hay que incursionar en la política grande como testimonio evangélico. Estrictamente en esto no hay ningún problema, puede que sea, como dicen algunos misionólogos, “un nuevo campo de misión”. Pero ¿se quiere incursionar en este terreno para buscar privilegios personales, para procurar una suerte de “cristiandad evangélica”, o más bien para buscar que reine la justicia de Dios (Mt 6:33, Nueva Biblia Española)?

Es aquí cuando me surgen algunas preguntas: ¿cuál es la lectura que se hace en este “nuevo campo de misión” acerca de la realidad social, política y económica de América Latina? ¿Una lectura profética a favor de la vida de todos y todas o una lectura que coincide con los intereses de los poderosos de siempre y que legitima el injusto orden establecido? ¿Qué lectura haría Juan de lo que está sucediendo actualmente en nuestro continente? ¿Apocalíptica de evasión?, ¿Apocalíptica acomodaticia?, o ¿Apocalíptica profética?

Juan era un siervo de Dios muy atento a los “signos de los tiempos”. Eso ya lo sabemos. Resulta interesante observar que la lectura de la realidad que hace en el Apocalipsis no se parece a la que unos años antes había hecho Lucas sobre las autoridades romanas en Hechos, ni mucho menos a la de Pablo cuando escribe a los

¹⁷ Cf. Hans de Wit. *Libro de Daniel*. Santiago: Rehue, 1990 y Guy Coté. *Resistir: reflexión sobre el libro de Daniel*. Bogotá: Paulina, 1996.

¹⁸ Varios autores. *El sueño del pueblo de Dios. las comunidades y el movimiento apocalíptico*. Quito: CER – Centro Bíblico Verbo Divino, 1999, p. 62. Las cursivas son mías.

¹⁹ El tema se ha tornado interminable para los investigadores. Hoy se cuestiona la seriedad de las fuentes históricas tradicionales que describían a Domiciano como un tirano perseguidor de cristianos. En lo que sí hay consenso es acerca del clima hostil —aunque no generalizado— para los cristianos, sobre todo por la imposición del culto imperial. “De todos modos, el Apocalipsis fue escrito cuando los cristianos vivían en un clima de hostilidades, de enfrentamientos, no de paz”. Eduardo Arens y Manuel Díaz. *Apocalipsis: la fuerza de la esperanza*. Lima: CEP – CEI, 2000, p. 91.

²⁰ Xavier Pikaza. “Apocalíptica judía y cristiana. Prehistoria y símbolos básicos del Apocalipsis”, en: Blanca Acinas (Editora). *En torno al Apocalipsis*. Madrid: BAC, 2001, pp. 99-100.

²¹ *Para la salud de las naciones. el Apocalipsis en tiempos de conflicto entre culturas*. El Paso, TX: Mundo Hispano, 2005, p. 25.

romanos o a la de Pedro en su primera carta. Juan, por el contrario, ve al Imperio Romano como una bestia (Ap 13) cuya autoridad le viene del mismo Satanás y que engaña al mundo entero ayudado por su religión idolátrica (la segunda bestia, Ap 13:11-18).²²

En ese contexto surge la pregunta ¿quién es el único Señor (*Kyrios*) del universo? ¿El emperador romano o Jesucristo? Como dice Elizabeth Schüssler-Fiorenza, ese es *el tema de fondo* del Apocalipsis.²³ Para Juan reconocer el señorío de Jesucristo no sólo es un asunto doctrinal o teológico. Se trata, ante todo de una confesión de fe con implicaciones sociales y éticas, pues está en juego la vida humana, la nueva creación, el Reino de Dios.²⁴ Eso lo sabía muy bien Juan, de allí que se dirija a las siete iglesias del Asia Menor animándolos —entre otras cosas— a “vencer” (2:7; 2:11; 2:17; 2:26; 3:5; 3:12; 3:21; 21:7).

Es interesante observar que Jesucristo —según Juan— reclama de su pueblo “que venza” (*ho nikón*).²⁵ Pero ¿qué es lo que deben “vencer” los cristianos? Sobre el particular Ugo Vanni amplía las interrogantes: ¿cuál es el adversario, el obstáculo que hay que superar, vencer? ¿Cómo se vence y supera concretamente? ¿Quién le da a la iglesia la fuerza necesaria para hacerlo?²⁶ No es muy difícil imaginar que el adversario a vencer es el Imperio Romano y su idolatría (sobre todo a partir de Ap 12), pero también el desánimo, el acomodamiento disimulado al sistema y el anhelo de confort que había en las comunidades cristianas (Ap 2–3) en medio de una sociedad necrofílica.

A los cristianos triunfantes o vencedores —según los textos citados— (1) se les da de comer del árbol de la vida; (2) no sufren del daño de la segunda muerte; (3) comen del maná escondido y se le da una piedrecita blanca; (4) se les da autoridad sobre las naciones y la estrella de la mañana; (5) se les dan vestiduras blancas y se confiesan sus nombres ante el Padre; (6) se les hacen columnas en el templo de Dios, y (7) se les hace sentar con Jesucristo en su trono. ¡Son premios por la fidelidad al Señor de la vida en medio del dolor y el sufrimiento!²⁷

Como vemos, no existe en el Apocalipsis mandato alguno a la resignación, al escapismo o al acomodamiento al sistema de dominación. Es evidente, pues, que Juan con su obra pretendía empujar a los cristianos “hacia una determinada praxis: la de resistencia y esperanza”.²⁸ Según el Apocalipsis la iglesia está llamada a ser vencedora. Ante las embestidas del Imperio Romano debían resistir pero además perseverar. Y quien persevera en Cristo confía —y confirma— que está próximo el fin (escatológico) de los enemigos del pueblo de Dios.

²² Ricardo Foulkes. “Trama y drama del Apocalipsis”, en: *Vida y pensamiento* N° 1, Vol. 5, San José, 1985, pp. 30-34.

²³ *Apocalipsis: visión de un mundo justo*. Navarra: Verbo Divino, 1997.

²⁴ Cf. los libros de Juan Stam: *Apocalipsis*. Tomo I. Buenos Aires: Kairós, 1999, y *Apocalipsis*. Tomo II. Buenos Aires: Kairós, 2003.

²⁵ Según Simón Kistemaker (*Apocalipsis*. Grand Rapids, MI: Libros Desafío, 2004, p.137) esta expresión en griego está en participio presente y se traduce literalmente “el que está triunfando”. No es un tiempo pasado o perfecto, como una acción finalizada, sino una actuación actual y continua.

²⁶ *Lectura del Apocalipsis*. Navarra: Verbo Divino, 2005, pp. 175-176.

²⁷ Cf. la exégesis de estos textos en: Francisco Contreras. *El Señor de la vida. Lectura cristológica del Apocalipsis*. Salamanca: Sígueme, 1991, pp. 145-232.

²⁸ Ricardo Foulkes. “Apocalipsis”, en: Armando Levoratti (Editor). *Comentario bíblico latinoamericano: Nuevo Testamento*. Navarra: Verbo Divino, 2003, p. 1184.

4. “Apocalípticos” pero no integrados al sistema

Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío (*exélthate ho laós moi ex autés*), para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas (Ap 18:4).

Líneas arriba hemos sostenido que el tema de fondo en el Apocalipsis es el señorío de Jesucristo. Sin este tema, y hecho central, no es posible revelación divina ni esperanza alguna para la iglesia. Jesús es el Señor de la historia y “protagonista principal” —pero no único— de la redención universal y, como tal, nos invita a cooperar en su misión. Jesús, en tanto Señor de la historia, aparece en el Apocalipsis como: (1) Pastor de la iglesia (Ap 2–3); (2) Intérprete de la historia (Ap 5–6); (3) Pastor de la multitud de rescatados (Ap 7:9-17); (4) Cabeza de los que resistieron a las bestias (Ap 13:1 – 14:5); (5) Digno de toda adoración (Ap 15:2-4); (6) Victorioso (*nikései*) sobre las bestias (Ap 17:7-15); y (7) Recapitulador de la historia (Ap 21:14 – 22:5).

Si Jesucristo es el Señor de la historia, ¿cuáles son las exigencias éticas en el actual contexto para el pueblo que reconoce su señorío?²⁹ A esta pregunta se podría responder diciendo —con Ap 18:4— que la iglesia debe tomar distancia del pecado de la Babilonia (Roma) moderna, prefiriendo el martirio antes que adaptarse al Imperio totalitario.³⁰ Pero esta respuesta tendría que completarse, pues si bien tomar distancia del pecado social ya es bastante, aún es necesario orientar una praxis eclesial que construya y que no solamente disienta del mal.

Samuel Pagán sostiene, por ejemplo, que la iglesia hoy debe desarrollar un “ministerio apocalíptico”,³¹ entendiendo por ésta la traducción dinámica de las propuestas de Juan al actual contexto. Esto implica, sigue diciendo, *destruir* las causas del dolor y la desesperanza, y la *construcción* de un mundo y una sociedad que postule y demuestre los valores y las enseñanzas de Jesucristo.³² Si bien lo que dice Pagán se enmarca dentro de las “exigencias apocalípticas” de la misión integral, podríamos avanzar aún más en esta línea de acción–reflexión.

En un brillante artículo el historiador Sydney Rooy, se pregunta: “¿cómo enfrentará la iglesia estos tiempos del fin de la historia? ¿Cuáles serán los desafíos a los que ella tendría que responder en este siglo y milenio nuevo?”³³ Reconociendo que la posición de la iglesia frente a la sociedad suele ser muy precaria, y que muchas veces es difícil saber qué caminos tomar, Rooy propone constructivamente³⁴ —desde una visión cristológica de la historia— lo siguiente:

(1) *Cristo como alma de la cultura pide a la iglesia que dé sentido a la sociedad.* Se trata del fundamento ético para el presente milenio. La iglesia no sólo cree que Dios está activo en la historia con un propósito redentor, sino que también colabora de un

²⁹ Comparto plenamente la afirmación de José Siles: “La idea de misión que surge del Apocalipsis es la de una misión que gira en torno a las demandas éticas de Dios”. (Cf. “La misión integral a la luz del Apocalipsis”, en: René Padilla y Harold Segura (Editores). *Ser, hacer y decir*. Buenos Aires: Kairós, 2006, p. 440).

³⁰ Ulrich Duchrow y Franz Hinkelammert. *La vida o el capital*. San José: DEI, 2003, p. 243.

³¹ *Apocalipsis: visión y misión*. Miami, FL: Caribe, 1993, pp. 87-93.

³² *Ibid.*, p. 93.

³³ “La iglesia evangélica y la sociedad frente al nuevo milenio: pasado, presente y futuro”, en: G. Hansen, *Op. Cit.*, pp. 375-398.

³⁴ En lo que sigue cito a Rooy de forma libre.

modo positivo y liberador. La iglesia se suma a la visión y misión de Dios dando sentido a la historia de cada persona, cada raza y cada pueblo.

(2) *Cristo como rey de la cultura pide a la iglesia que promueva el bien de la sociedad.* La iglesia promueve los esfuerzos comunitarios para contribuir al bienestar de los pueblos. Pero no impone una agenda pública sino que reconoce las necesidades de la gente, y camina con ella con el propósito de mejorar la calidad de vida.

(3) *Cristo como auxiliador de la cultura pide a la iglesia que conserve la sociedad.* Las necesidades concretas y urgentes de la gente necesitan respuestas inmediatas de parte de la iglesia. La asistencia a los necesitados debe continuar como una muestra del amor de Dios, sin olvidar —por ello— que se debe seguir trabajando en la transformación de la presente historia de iniquidad.

(4) *Cristo como la razón de la cultura pide que la iglesia de coherencia a la sociedad.* Como iglesia estamos llamados a asumir una responsabilidad constructiva en forma coherente frente al estado y los ciudadanos. La iglesia no tiene poder político (¡y que bueno por ello!), por lo que está obligada a trabajar desde la base incidiendo en lo público desde diversos ámbitos (social, cultural, económica, etc.).

(5) *Cristo como el Señor de la cultura pide que la iglesia luche para transformar la sociedad.* Dios no ha elegido un pueblo para excluir a los demás, sino más bien para que sea un instrumento suyo, transformador de la historia, haciendo que la justicia de Dios —y con ello la vida plena— llegue a los confines de la tierra.

(6) *Cristo como el maestro de la cultura pide que la iglesia comunique el mensaje a la sociedad.* La iglesia tiene el mensaje de victoria de su Rey: en Cristo los poderes de este mundo están vencidos. La iglesia no está para proclamarse a sí misma. Su fidelidad no es al Este o al Oeste, pero tampoco al Norte o al Sur. Su fidelidad es a Cristo, quien está creando cielos nuevos y tierra nueva donde mora la justicia y la vida.

(7) *Cristo como el profeta de la cultura pide que la iglesia cuestione a la sociedad.* La iglesia es parte del tejido social y busca el fortalecimiento y bienestar de ella —sin hacer distinción alguno—, pero tiene un anhelo mayor: la llegada del Rey y su reino. Y desde éste, y por su causa, vive inserta en la sociedad de forma crítica, evitando toda sacralización o absolutización social y política.

A modo de conclusión

Hemos pretendido en este ensayo reflexionar en el quehacer eclesial tomando como texto fundante el Apocalipsis de Juan. La iglesia, cual fuere su expresión histórica-teológica y modelo de organización, está llamada en primer lugar a ser fiel a Jesucristo —el Rey de Reyes— y a dar testimonio de su Palabra. Pero la iglesia no existe si no está situada en un determinado contexto social, cultural, etc. ¿Cómo leemos este contexto desde el último libro de la Biblia? ¿A qué praxis nos motiva?

Tenemos que decir enfáticamente que la iglesia no le teme a la teología apocalíptica, por el contrario, la necesita como una articulación urgente y necesaria para estos tiempos. Pero la teología tendrá que ser profética, como la de Juan de Patmos, en fidelidad a la Palabra de Dios y al testimonio de Jesucristo. Profética no porque habla tan sólo del futuro sino porque, ante todo, nos invita a participar de ese futuro que está forjando Dios en esta historia.

En el siglo IV, Juan Crisóstomo exhortaba a su auditorio en estos términos: “Hay que considerar, ¡qué honor nos hizo Dios al darnos esta tarea! Yo, él dice, he creado el cielo y la tierra; también a ti te doy poder creador: *haz de la tierra un cielo* ¡tú lo puedes!”³⁵ Ojalá el pueblo de Dios se contagie tan sólo un poquito de ese optimismo y visión, y se movilice a la construcción del Reino de Dios. Es una exigencia apocalíptica.

© 2007 Martín Ocaña Flores. El autor es peruano, pastor bautista, profesor en el Recinto de Lima de la Universidad Bíblica Latinoamericana (UBL). Tiene una maestría en teología de la UBL (Costa Rica) y actualmente es candidato al Ph.D. en el Programa Doctoral Latinoamericano. Es miembro de la Comisión Teológica Latinoamericana del CLAI. Ha publicado *Los banqueros de Dios: una aproximación evangélica a la teología de la prosperidad* (Lima, 2002) y *Bienestar humano y Reinado de Dios* (Quito, 2003). Publicación en curso: *Ética, teología y misión. Por una iglesia renovada en América Latina* (Costa Rica, 2008).

E-mails: martinof@peru.com y comentarios@teologos.com.ar

³⁵ Citado por Franz Hinkelammert. *El sujeto y la ley*. San José: EUNA, 2003, p. 503. Las cursivas son mías.